

- on 1910 elections
- has not endorsed R. Jimenez, Iglesias or P. Valverde
- wants to see latter two's programs
- key problem: economic crisis

VÍCTOR FERNÁNDEZ GÜELL

CONSIDERACIONES

SOBRE

POLÍTICA DE ACTUALIDAD

SAN JOSÉ, COSTA RICA



1909

IMPRENTA DEL COMERCIO

† He permanecido por algún tiempo fuera del país, y he vuelto á él en momentos en que se inicia la lucha política para el cambio del personal gubernativo. Con espíritu sereno he vuelto á mi patria, habiendo borrado del pecho y de la mente las impresiones que, ya de un modo ó de otro, me hayan dejado los varios años que viví dedicado, casi por completo, á la política activa. En la ausencia del terruño, alejado de la familia y de la sociedad en que nací y he crecido; lejos de los amigos queridos y de los compañeros á cuyo lado he lidiado en el campo de la política; lejos, sí, de todo lo que forma mi humilde historia, y de todo lo que constituye mis gratos recuerdos, el alma de la patria me acompañaba, me hacía amarla cada día más, y me atraía con sus risueñas seducciones hacia sus playas queridas.

Allí—decíame—hay una meseta circunvalada por altos cerros, fértil y bella, donde mis ojos se

abrieron á la luz; allí están mis familiares, mis amigos de infancia, mis conciudadanos; allí están los huesos de mis antepasados, fundadores de esa patria... allí, sí, allí deseo tornar! Pues qué, ¿el mundo no es de todos y para todos? Sí, decíame la reflexión: el mundo es de todos los seres que lo pueblan; el aire en todas partes anima del mismo modo los pulmones; la tierra da alimento indistintamente á todos; el sol, la luna, las estrellas son los mismos en todas partes... pero, ¡ay! ese sol, esa luna y esas estrellas parecen despedir rayos de tristeza, cuando no se miran brillar en el cielo de la patria.

El cariño, pues, me tornó á ella, y habiendo llegado en los momentos en que se dispone el país á una lucha en la cual están de por medio los intereses nacionales, fuerza es que tome la parte que me corresponde, en cumplimiento de un deber que considero muy sagrado, como es el del ciudadano.

Hasta los presentes momentos me he mantenido substraído á todo compromiso, y, hasta cierto punto, ajeno á la política. No tengo, pues, nada que me obligue en un sentido, ni me cohiba en otro, pudiendo desde luego exponer con toda libertad mi modo de discurrir en la presente situación política.

Preciso es tomar en cuenta que toda lucha tie-

ne un objetivo: la actual, por consiguiente, debe dirigirse á uno. ¿Cuál es ese? Veo ya organizadas en el país tres agrupaciones, habiendo lanzado cada una su respectivo candidato. Todas activan respectivamente los trabajos de propaganda en favor de tres personalidades: don Rafael Iglesias, don Pánfilo J. Valverde y don Ricardo Jiménez. Cada partido tiene sus órganos de combate, cuya labor hasta ahora se ha circunscrito á hacer la apología de sus respectivos Jefes, presentándoselos al pueblo vestidos con los ropajes que más pudieran agradarle, y haciéndolo, acerca de los contrarios, todos los juicios más desfavorables y adversos. Es decir, que hasta ahora, la política que se ha hecho, ha sido puramente personalista, en toda la acepción de la palabra. De esa lucha, absolutamente personalista, pregunto yo, ¿queda algo al país? Sospecho que de ella no puede quedar otra cosa que un mal hálito en el alma del pueblo; una predisposición de espíritu contra ciertas personas, y nada más. ¿Conviene esto, en el terreno social? Pienso que la respuesta es innecesaria. ✕

Debe tenerse entendido que todo esfuerzo, que todo trabajo, que toda acción ha de encaminarse á algo provechoso en el sentido moral ó físico. De lo contrario, se emplean inútilmente, ó mal. El derecho es una facultad del individuo para

proceder de acuerdo con la justicia que armoniza la humanidad. Todo acto, pues, que esté en pugna con esa armonía, debe reprimirse por inconveniente ó perjudicial.

El periodista desde su tribuna tiene una alta misión: la de educar, la de instruir, la de propender á la propagación de conocimientos útiles en todo sentido á la patria y á la humanidad; el que dirige la palabra al público, el que alza la voz para comunicarse con sus semejantes ó con sus compatriotas, debe estar inspirado en ideas y sentimientos de íntima persuasión, de exacto criterio, de nobleza cierta. De otro modo ambos, el periodista y el orador, son pura y simplemente, elementos descompuestos de la sociedad, miasmas mefíticos de la misma.

Esa es, á nuestro modo de ver, la situación que se tiene por delante. El atentado contra la persona del señor Iglesias es un reflejo de ella. Seguir por ese camino es ir seguramente, al desastre, es consumir un crimen, es presenciar y contribuir al suicidio de la patria. Hay que situar, necesariamente las cosas en otro terreno. ¿Cuál es? Vamos á tratar de concretarlo.

Natural y preciso parece, que en cada uno de los partidos que se forman, haya un objetivo, — como se ha dicho antes, — ó un móvil bien determinado, una aspiración bien cimentada, una idea

política ó social que se desee propagar en lo general, ó aplicar en concreto, según se juzgue. De otro modo, no se concibe que se formen los partidos.

Obligadamente esos partidos tienen que servirse de un compatriota, — ó de varios, conforme la organización política que impere, — á fin de que sean los *medios*, como pudiera decirse, para llevar á la práctica las ideas que les animen. Esas ideas son, indudablemente, las que deben exponerse con toda claridad, para que sean analizadas á la luz de un criterio libre de preocupaciones, de extravagancias y de prejuicios.

Probablemente por haberse adelantado la lucha, ó por la precipitación con que se ha procedido en el lanzamiento de los candidatos, es por lo que no se han presentado todos con sus respectivas manifestaciones, ó sea con sus respectivos programas políticos, á excepción del señor Jiménez, quien subscribió el mismo Manifiesto que, en otra época y en otras circunstancias, fué elaborado por el Partido Republicano, el cual se reorganizó cuando la «Transacción», á iniciativa mía, y con la muy inteligente y activa colaboración del prestigioso ciudadano Licenciado don Albino Villalobos, de la pluma de mi hermano Rogelio y de otras personas que, como Claudio González Rucavado y el nunca bien sentido compatriota

Faustino Montés de Oca, tomaron con entusiasmo el asunto y fueron los primeros iniciadores y Generales de un movimiento verdaderamente republicano y patriótico, que dejó escuela é historia en Costa Rica.

El señor Jiménez es, pues, el único de los tres candidatos que, pudiera decirse, ha presentado un programa en la contienda. Es de suponer que los señores Iglesias y Valverde se hallen en estos momentos elaborando los suyos, que es menester esperar para formular un juicio.

No juzgo correcto que ningún ciudadano se abstenga de exponer su opinión en los casos en que, como este, fuerza es hacerlo. No soy ni he sido nunca de aquellos que, por cálculo de personal interés, reservan su opinión para los últimos momentos: ya lo he probado. Siempre he sido independiente en mi modo de ser, de vivir y de pensar, y cuando he tomado alguna participación en la política, lo he hecho conforme con mi carácter y mis ideas y en perjuicio, quizá, de mis propios intereses.

Deseo conocer, antes de afiliarme á cualquier bando, los programas de los señores Iglesias y Valverde para, en presencia de los tres, formular el juicio que me haya de inclinar, y resolver en favor de cualquiera de ellos. No soy desafecto personal de ninguno; y si bien, durante los perio-

dos de gobierno del señor Iglesias, fuí su contrario y le hice la oposición en todo terreno y circunstancia, ello no es óbice para que hoy, colocado en las lindes de la ley, é inspirado en ideas afines á las mías, fuera uno de sus partidarios; pues el ciudadano que ayer pareciera romper con la armonía de un país, puede mañana convertirse en la nota más simpática y levantada de una República, ó de un Pueblo.

Por el señor Jiménez he tenido siempre mucha simpatía: en él he visto al hombre consagrado al estudio y al deber. Fuí su compañero en la Cámara, y en varias ocasiones tuve el honor de discutir con él sobre asuntos en que no estábamos conformes, y de acompañarlo, en otras, con el más vehemente entusiasmo, en sus labores de legislador sesudo, elocuente y progresista.

Del Doctor Valverde podría llamarme amigo: tiene para mí muchos méritos y cualidades, y estoy seguro de que, por la índole de su carácter, haría un Gobierno moderado.

Se trata, pues, de personas bien conocidas y aquilatadas en el país. Las tres han ocupado los puestos más elevados de la República, y una de ellas ejerció durante dos períodos el mando. Difícil es juzgar en estos momentos su gobierno. Los Gobiernos no pueden juzgarse en los instantes mismos en que acaban de pasar, porque falta

la serenidad de espíritu que requiere el verídico y justo historiador. La Administración de Iglesias es del presente, y no puede juzgarse en el presente. Preciso es, por lo tanto, dejar al tiempo que dicte su fallo recto é imparcial. No será para mí su Gobierno, ni creo que deba serlo para nadie, base para asentar una suposición respecto de su régimen futuro. El gobernante Iglesias está en la actualidad sobre la mesa del historiador de mañana; el candidato Iglesias es á quien tenemos enfrente. ¿Cuáles son sus ideas para el futuro? ¿Qué reformas promete en el orden económico, político, administrativo y judicial? ¿Qué empresas de importancia piensa acometer? Eso es lo estrictamente esencial.

Importa conocer fijamente los motivos que originan la difícil situación por que atraviesa la República, para distinguir y aplicar el remedio que procede, pues parece experimentar el país los efectos de una crisis económica que quizá pueda solamente resolverse con enérgico criterio. La agricultura sufre mortal abatimiento, y el comercio, por consiguiente, se retrae, se debilita y desconcierta. Los Bancos cierran sus cajas al público y, haciendo gran esfuerzo, apenas si las abren al Gobierno para que pueda atender á los gastos más precisos, y á uno que otro empresario, sin duda para prevenir con ello el agravamiento de las

cosas. La deuda interna ha aumentado notablemente, y las entradas del país han disminuido; los prestamistas no tienen ya dinero que ofrecer al público, porque el Gobierno lo ha consumido pagando intereses hasta de verdadera usura; es decir: que la Administración Pública ha entrado en competencia con el comercio, la agricultura y las demás industrias.

¿No parece esto verdaderamente anormal?

Que un país que haya vivido entregado á las aventuras exteriores, presente la situación que ofrece hoy Costa Rica, puede explicarse; pero que eso suceda en una República que, como ella, ha permanecido, de antaño, entregada completamente al orden y al trabajo, es de llamar fuertemente la atención, y de hacer pensar en el origen del fenómeno.

¿Qué es lo que lo motiva? ¿Será, acaso que los gastos administrativos no han sido calculados en relación con el estado rentístico del país?

Si así fuere, conviene, ante todo, procurar el equilibrio en los presupuestos devengativos y erogativos. Y siendo eso, asunto principal; siendo el equilibrio económico de las naciones el fundamento de su progreso, y aún de su libertad en el sentido político, sospecho que toda iniciativa, toda idea, todo interés y todo conocimiento en la materia, deben encaminarse oblicuamente á la

solución, y sólo á la solución, del presente conflicto económico, pues si bello es «hacer República»—frase hermosa del renombrado estadista Doctor Zambrana—hoy, en los actuales difíciles momentos, importa más, tal vez para salvarnos de la ruina y del descrédito, *hacer economía*.

El país tiene por delante, pues, uno de los problemas al cual debe dársele toda preferencia: el problema económico, y sólo él es el que debe servir de punto de mira en estas elecciones.

Consiguientemente, y según mi modo de ver las cosas, deseo conocer los programas de los señores Iglesias y Valverde para formar, con vista de los tres, mi humilde juicio de ciudadano, y resolverme entonces á votar por cualquiera de ellos en los próximos comicios.

Y en tanto que todos estos señores no hayan expuesto sus ideas de gobierno para lo futuro, prudente creo no entrar en campaña, como pudiera decirse, circunscribiendo los trabajos mientras tanto al alistamiento previo de las cosas, y al mejor estudio de la situación actual, que es fuerza resolver en consonancia con nuestras necesidades y anhelos: dediquémonos todos, sí, en estos momentos, á ilustrar las masas para que sepan discernir y proceder propiamente en el ejercicio del derecho, y no se dejen seducir por impresiones momentáneas, por soñaciones

de la fantasía, por entusiasmos febriles, ó quizá por las sugerencias de los audaces que todo lo explican, desfiguran y comentan conforme convenga á las miras que persiguen. Julis Soure ha dicho á este respecto: «La tierra está poblada materialmente de inventores políticos, pretendidos genios, curanderos y salvadores de la sociedad que, incapaces de conocer la más sencilla relación entre dos hechos, los más sencillos y los más análogos, peroran con seguridad sobre los fenómenos sociales, los más complicados, y parecen desconocer que la sociedad no sería imperfecta si no lo fueran los individuos que la componen, y se imaginan que el mal ha desaparecido, cuando no ha hecho más que cambiar de forma.»

Es indispensable, pues, que los candidatos formulen cuanto antes sus respectivos programas de gobierno, para que, en presencia de ellos, entre el país en una discusión juiciosa y ordenada. En ese torneo patriótico tomaría yo humildemente un puesto; y, colocados todos, en un terreno más propio, en un campo más amplio y despejado, en una posición, en fin, más culminante, podríamos quizá ver mejor el punto en donde verdaderamente se halla la dicha de la patria.

Víctor Fernández G.

Marzo 3 de 1909.